

AULLIDO

ALLEN GINSBERG

a Harold Solomon

He visto las mejores mentes de mi generación destruidas por la locura, histéricos famélicos muertos de hambre arrastrándose por las calles, negros al amanecer buscando una dosis furiosa, cabezas de ángel abrasadas por la antigua conexión celestial al dínamo estrellado de la maquinaria de la noche, quienes pobres y andrajosos y con ojos cavernosos y altos se levantaron fumando en la oscuridad sobrenatural de los departamentos con agua fría flotando a través de las alturas de las ciudades contemplando el jazz.

Quienes expusieron sus cerebros al Cielo, bajo Él y vieron ángeles mahometanos tambaleándose en los techos de apartamentos iluminados.

Quienes pasaron por las universidades con ojos radiantes y frescos alucinando con Arkansas y la tragedia luminosa de Blake entre los estudiantes de la guerra.

Quienes fueron expulsados de las academias por locos por publicar odas obscenas en las ventanas del cráneo.

Quienes se encogieron sin afeitarse y en ropa interior, quemando su dinero en papeleras y escuchando el Terror a través de las paredes.

Quienes se jodieron sus pelos púbicos al volver de Laredo con un cinturón de marihuana para New York.

Quienes comieron fuego en hoteles coloreados o bebieron trementina en Paradise Alley, muerte, o purgaron sus torsos noche tras noche con sueños, con drogas, con pesadillas despiertas, alcohol y verga y bolas infinitas, ceguera incomparable; calles de nubes vibrantes y relámpagos en la mente saltando hacia los polos de Canadá y Paterson, iluminando todas las palabras inmóviles del Tiempo, sólidos peyotes de los vestíbulos, amaneceres en el cementerio del árbol verde, ebriedad del vino en los tejados, puestos municipales el neon estridente luces del tráfico parpadeantes, vibraciones del sol, la luna y los árboles en los bulliciosos crepúsculos de invierno de Brooklyn, estrepitosos tarros de basura y una regia clase de iluminación de la mente.

Quienes se encadenaron a sí mismos a los subterráneos para el viaje infinito desde Battery al santo Bronx en benzedrina hasta que el ruido de las ruedas y niños empujándolos hacia salidas exploradas estremecidas y desiertos golpeados de cerebros absolutamente secos de esplendor en la melancólica luz del Zoo.

Quienes se hundieron toda la noche en la luz submarina de Bickford's emergidos y sentados junto a la añeja cerveza después del mediodía en el desolado Fugazzi's, escuchando el crujido del destino en la caja de música de hidrógeno.

Quienes hablaron setenta horas seguidas desde el parque a la barra a Bellevue al museo al Puente de Brooklyn, batallón perdido de conversadores platónicos bajando de espaldas las escaleras de escape de los alfeizares del Empire State lejos de la luna, gritando incoherencias, vomitando susurrando hechos y

recuerdos y anécdotas y patadas en la bola del ojo y traumas de hospitales y cárceles y guerras, intelectos enteros disgregados en amnesia por siete días y noches con ojos brillantes, carne para la Sinagoga arrojada al pavimento.

Quienes se desvanecieron en ninguna parte de Zen New Jersey dejando un reguero de ambiguas postales ilustradas de Atlantic City Hall, sufriendo sudores orientales y artritis Tangerianas y jaquecas de China bajo la basura en las salas sin muebles de Newark.

Quienes dieron vueltas y vueltas en la medianoche por el patio de trenes preguntándose adónde ir, y fueron, sin dejar corazones rotos.

Quienes prendieron cigarrillos en vagones traqueteando por la nieve hacia granjas solitarias en la noche del abuelo.

Quienes estudiaron a Plotino, Poe, San Juan de La Cruz, telepatía y cábala debido a que el cosmos instintivamente vibraba en sus pies en Kansas.

Quienes solos por las calles de Idaho buscaban ángeles indios visionarios que fueran ángeles indios visionarios.

Quienes pensaban que sólo estaban locos cuando Baltimore destellaba en éxtasis sobrenatural.

Quienes saltaron a limusinas con el Chinaman de Oklahoma impulsados por la lluvia de los pequeños pueblos a la luz callejera de la medianoche del invierno.

Quienes haraganeaban hambrientos y solos por Houston buscando jazz o sexo o sopa, y siguieron al brillante español para conversar sobre América y la eternidad, una tarea sin esperanza, y tomaron un barco para África

Quienes desaparecieron en los volcanes de México dejando tras suyo nada excepto la sombra del estiércol y la lava y la ceniza de la poesía quemada en Chicago.

Quienes reaparecieron en la Costa Oeste investigando el F.B.I. en barbas y pantalones cortos con grandes ojos pacifistas atractivos en su oscura piel entregando incomprensibles folletos.

Quienes se quemaron sus brazos con cigarros encendidos protestando contra la bruma narcótica del tabaco del Capitalismo.

Quienes distribuyeron panfletos supercomunistas en Union Square sollozando y desvistiéndose mientras las sirenas de Los Alamos los deprimían, y se deprimía Wall, y el ferry de Staten Islan también se deprimía.

Quienes rompieron a llorar en blancos gimnasios desnudos y temblorosos frente a la maquinaria de otros esqueletos.

Quienes mordieron detectives en el cuello y chillaron con placer en autos policiales por no cometer un crimen salvo su propia pederastia salvaje y su intoxicación.

Quienes aullaron de rodillas en el metro y fueron arrastrados por el techo ondeando sus genitales y manuscritos.

Quienes permitieron ser penetrados por el ano por virtuosos motociclistas, y gritaron con alegría.

Quienes chuparon y fueron chupados por aquellos serafines humanos, los marineros, caricias del amor Atlántico y Caribeño.

Quienes eyacularon en la mañana en la tarde en jardines de rosas y en el pasto de parques públicos y cementerios esparciendo su semen libremente a quienquiera que llegara.

Quienes hiparon sin cesar tratando de reír pero se torcían de llanto detrás de un cubículo de un Baño Turco cuando el ángel rubio y desnudo venía a atravesarlos con una espada.

Quienes perdieron a sus amantes por las tres viejas musarañas del destino, la musaraña tuerta del dólar heterosexual, la musaraña tuerta que hace guiños fuera del útero y la musaraña tuerta que no hace nada sino sentarse en su trasero y corta las hebras doradas intelectuales del vislumbre del artesano.

Quienes copularon extáticos e insaciables con una botella de cerveza, un novio, un paquete de cigarrillos, una vela y se cayeron de la cama, y continuaron en el suelo y por los pasillos y terminaron desmayándose en la pared con una visión del último coño y llegaron a eludir el último atisbo de conciencia.

Quienes endulzaron las conchitas de un millón de chicas temblorosas en el ocaso, y tenían los ojos rojos en la mañana pero preparados para endulzar las conchitas del sol naciente, destellantes traseros bajo los establos y desnudos en el lago.

Quienes iban a putas en Colorado por miríadas en autos robados, N.C., héroe secreto de estos poemas, semental y Adonis del alegre Denver a la memoria de sus innumerables encamadas con chicas en lotes vacíos, patios de bares, hileras de desvencijadas casas rodantes en la cima de montañas, en cavernas o con demacradas meseras en familiares subidas de enaguas al lado del camino y especialmente la secreta estación de gasolina solipsismos de Juan, y callejones pueblerinos también

Quienes se desvanecieron en vastas películas sórdidas, se transformaron en sueños, despertaron en un repentino Manhattan, y se encontraron a sí mismos fuera de los sótanos colgados sobre descorazonados Tokay y los horrores de los sueños de hierro de la Tercera Avenida y tropezaron con las oficinas de desempleo.

Quienes caminaron toda la noche con sus zapatos llenos de sangre en los muelles esperando una puerta en East River para entrar a un cuarto lleno de vapor caliente y opio.

Quienes crearon grandes dramas suicidas en el apartamento de los acantilados del Hudson bajo el rayo azul de la luna de tiempo de guerra y sus cabezas eran coronadas con el laurel del olvido.

Quienes comieron la cazuela de cordero de la imaginación o digirieron cangrejos en el fondo lodoso de los ríos de Bowery.

Quienes lloraron por el romance de las calles con sus carritos llenos de cebollas y mala música.

Quienes se sentaron en cajas respirando en la oscuridad bajo el puente, y se levantaron para construir arpas en sus desvanes.

Quienes tosían en el sexto piso del populoso Harlem con llamas bajo el cielo tuberculoso rodeados por las jaulas naranjas de la teología.

Quienes garrapatearon toda la noche golpeando y rodando sobre elevadas incantaciones que en las amarillas mañanas eran estrofas de jerigonza.

Quienes cocinaron animales podridos pulmones, corazón, pata, cola borsht y tortilla soñando con el puro reino vegetal.

Quienes se zambulleron en camiones de carne buscando un huevo.

Quienes tiraron sus relojes del tejado para dar su voto a la eternidad fuera del Tiempo y despertadores cayeron sobre sus cabezas todos los días por la siguiente década.

Quienes se cortaron las muñecas tres veces seguidas sin éxito, se rindieron y fueron forzados a abrir anticuarios donde pensaban que se ponían viejos y gritaban.

Quienes fueron quemados vivos en sus inocentes trajes de franela en Madison Avenue entre ráfagas de versos plomizos y el parloteo borracho de los regimientos de acero de la moda y los chillidos de nitroglicerina de las agencias de publicidad y el gas mostaza de los editores siniestramente inteligentes, o cayeron por los taxis ebrios de la Absoluta Realidad.

Quienes saltaron del Puente de Brooklyn esto realmente sucedió y quedaron desconocidos y olvidados en el aturdimiento fantasmal de los callejones de sopa y camiones de incendio de Chinatown, ni siquiera una cerveza gratis.

Quienes cantaron por sus ventanas de desesperación, cayeron de la ventana del metro, saltaron en el sucio Passaic, brincaron en negros, gritaron por toda la calle, bailaron descalzos en trozos de copas de vino rotas grabaciones de fonógrafos de la nostalgia Europea jazz alemán de 1930 terminaron el whisky y se lanzaron gemebundos en baños sangrientos, gemidos en sus oídos y la ráfaga colosal del silbido del vapor.

Quienes rodaron por las carreteras del viaje al pasado para cada uno el látigo del Gólgota reloj de la soledad de la cárcel o encarnación del jazz de Birmingham.

Quienes condujeron una visión para encontrar la eternidad.

Quienes viajaron a Denver.

Quienes murieron en Denver.

Quienes volvieron a Denver y esperaron en vano.

Quienes aguardaron en Denver y empollaron solos en Denver y finalmente se fueron para encontrar el Tiempo, y Denver es solitario para sus heroínas.

Quienes cayeron de rodillas en catedrales sin esperanza rezando por la salvación de cada uno y la luz y los pechos, hasta que el alma iluminara su cabello por un segundo.

Quienes chocaron con sus mentes en la cárcel esperando criminales imposibles con cabezas doradas y el encanto de la realidad en sus corazones que cantaban dulces blues a Alcatraz.

Quienes se retiraron a México para cultivar un hábito, o a Rocky Mount para ofrecer Buddha o Tánger a los muchachos al Southern Pacific a la locomotora negra o a Harvard a Narciso a Woodland para la sepultura o daisychain.

Quienes exigieron juicios de cordura acusando a la radio de hipnotismo y fueron dejados con su locura y sus manos y un jurado colgado.

Quienes arrojaron papas saladas a los conferencistas de Dadaísmo en CCNY y subsecuentemente se presentaron ellos mismos en las baldosas de granito del manicomio con cabezas rapadas y un discurso arlequinesco de suicidio, demandando una lobotomía instantánea, y quienes a su vez se entregaron a la nulidad concreta de la insulina, Metrazol, electricidad, hidroterapia, psicoterapia, terapia ocupacional, ping pong y amnesia.

Quienes en protesta seria dieron vuelta sólo una simbólica mesa de ping pong, descansando brevemente en catatonia, volviendo años después verdaderamente calvos excepto por una peluca de sangre, y lágrimas y dedos, a la visible fatalidad del hombre loco de los pupilos de los pueblos locos del Este, salas fétidas de Pilgrim State's Rockland's y Greystone discutiendo con los ecos del alma, pegando y rodando en la soledad-banca-dolmen-reinos del amor de medianoche, sueños de vida en una pesadilla cuerpos convertidos en roca tan pesados como la luna, con la madre finalmente, y el último libro fantástico arrojado por las ventanas del departamento, y la última puerta cerrada a las 4 A.M. y el último teléfono pegado a la pared sonando y la última pieza amueblada, un papel rosa amarillo torcido en un colgador de alambre en el closet, e incluso eso imaginario, nada sino un poco de esperanzadora alucinación ah, Carl, mientras no estés seguro yo no estoy seguro, y ahora tú estás realmente en la sopa animal total del tiempo y quienes por lo tanto corrieron a través de las calles congeladas obsesionados con un repentino destello de la alquimia del uso de la elipse el catálogo el metro y el plano vibrante.

Quienes soñaron y encarnaron brechas en el Tiempo y Espacio a través de imágenes yuxtapuestas, y atraparon al arcángel del alma entre 2 imágenes visuales y unieron los verbos elementales y establecieron el nombre y rasgos de la conciencia al mismo tiempo saltando con sensación de Pater Omnipotens Aeterna Deus para recrear la sintaxis y medida de la pobre prosa humana y ponerse frente a ti estupefacto e inteligente y sacudirse con vergüenza, rechazando incluso revelar el alma para conformarse al ritmo del pensamiento en su desnuda y eterna cabeza, el vagabundo loco y el golpe del ángel del Tiempo, desconocido, incluso poniendo aquí lo que podría dejar de ser dicho en tiempo de volver después de la muerte, y surgieron reencarnados en los trajes fantasmales del jazz en la sombra del corno dorado de la banda y exhalar el sufrimiento de la mente desnuda de América para amar en un eli eli lamma lamma sabacthani saxofón que llora estremeciendo las ciudades bajo la última radio con el corazón absoluto del poema de la vida descarnada de sus propios cuerpos buenos para comer mil años.

BIOGRAFIA

Allen Ginsberg (1926-1997), poeta yanqui nacido en Newark, Nueva Jersey. Portavoz de la Beat Generation de los años cincuenta, cantor de la América underground y voz de vagabundos y marginados, su libro Aullido (1956) constituye una crítica furiosa contra las falsas esperanzas y rotas promesas de la historia de su país. Otros libros de poesía son Kaddish (1961, Sandwiches de realidad (1963), Noticias del planeta (1968) y Sudario blanco (1987). Sus Cartas del Yagué (1963) interrelacionadas con TV baby poems (1967) expresan con un lirismo casi místico sus sentimientos anarquistas y nacionalistas. Tuvo una participación activa en los grupos que se opusieron a la guerra en Vietnam, se asoció al Movimiento por los Derechos Civiles y dio su apoyo a todas las organizaciones defensoras de la libertad de expresión. Es reconocido además como uno de los padres espirituales del Flower Power y del hippismo, movimientos sociales que se extendieron por el mundo entero. Las minorías étnicas, sexuales y religiosas hallaron en él una voz solidaria dispuesta a hacer del compromiso una razón de vida. Fue arrestado en varias ocasiones por encabezar marchas de protesta de toda índole.

Recibió premios, honores, becas, pero también fue una de las fuentes de mayor energía imaginativa de esa comunidad de mentes lúcidas conformada por los beats y el administrador de lo que muchos en tono burlón bautizaron como la Empresa Allen Ginsberg ("Allen Ginsberg Industries"), que consistía en una oficina en Nueva York financiada por él desde la cual emitía sus 'mensajes', pero que también funcionó como una bolsa de trabajo para muchos poetas con dificultades económicas.

Una canción por Allen Ginsberg Por Michael Slate - Obrero Revolucionario #905, 4 de mayo, 1997

A Allen Ginsberg le hubiera encantado. El sábado me desperté en otro mundo. El despertador del radio me despertó, pero no oí las voces monótonas de los reporteros de la emisora pública (NPR) sino una voz que no oía en muchos años, una voz que con urgencia me machacaba el cerebro, la voz de un poeta que leía las primeras líneas de un poema que cambió mi vida.

He visto los mejores cerebros de mi generación destruidos por la locura, famélicos, histéricos, desnudos, arrastrándose de madrugada por las calles de los negros en busca de un colérico picotazo, pasotas de cabeza de ángel consumiéndose por la primigenia conexión celestial con la estrellada dinamo de la maquinaria de la noche, que, encarnación de la pobreza envuelta en harapos, drogados y con vacías miradas, velaban fumando en la sobrenatural oscuridad de los pisos de agua fría flotando sobre las crestas de la ciudad en contemplación del jazz

Al oír esas palabras, que no había oído en más de una década, una sombra triste cruzó mi corazón. Antes de terminar las zetas de jazz, se me aguaron los ojos, pues me di cuenta de lo que había sucedido. Allen Ginsberg-amigo del pueblo, poeta supremo, ser humano, payaso, narrador de la verdad, cazador de dragones, enemigo de la opresión, que celebraba la vida, condenaba todo mal e inspiró a toda una generación- había muerto. Cuando terminó ese fragmento del poema, volvió la voz monótona: Allen Ginsberg, de 70 años de edad, murió hoy, 5 de abril, a las 2:39 de la madrugada, unos días después de habersele diagnosticado cáncer terminal del hígado.

Muerto no es una palabra que hubiera usado para describir a Allen Ginsberg. Las palabras para describirlo son, y siempre serán: incontrolable, desafiante, audaz, amoroso y vivo. Como dijo su amigo y primer editor, Lawrence Ferlinghetti, al enterarse de que Allen tenía cáncer: "Allen Ginsberg está muriendo/Eso dicen todos los periódicos/Las noticias nocturnas/Está muriendo un gran poeta/Pero su voz/no morirá/Su voz está sobre la tierra".

Hoy es difícil imaginarse el efecto que Allen Ginsberg, y los otros poetas escritores y artistas beat y músicos de jazz, tuvieron sobre generaciones jóvenes y sobre todo el mapa político y cultural de Estados Unidos. Mi propia experiencia puede ayudar a contar esa historia. En mi primer año de universidad, un profesor me dio el poema "Howl" (Aullido) de Allen Ginsberg. En ese entonces, para mí la poesía era algo que uno tenía que memorizar y repetir como loro, y no algo que nos podía iluminar la vida.

Me llevé "Aullido" a la casa y lo puse sobre la cómoda; de vez en cuando lo miraba pero no lo leía. A la semana el profesor se dio cuenta de que todavía no lo había leído y por tanto me hizo comprender unas cuantas cosas. Me contó cómo era vivir en el sofocante clima reaccionario de los años 50, y lo que significó para él que voces como las de Ginsberg, Jack Kerouac, William Burroughs, Gregory Corso, y otros poetas y escritores beat reventaran ese sofocante ambiente. Ese mismo día, cuando llegué a casa, me puse a leer "Aullido". Tuve la sensación de que Ginsberg me perforó huecos en el cráneo y sus palabras estallaron como petardos de luz en lo más profundo del cerebro. Lo volví a leer y consulté libros y el diccionario para comprender las palabras y referencias que no entendía. Lo leí por tercera vez y nada en mi vida volvió a ser igual. Una vez Allen vino a mi ciudad a leer sus poemas y yo aproveché la oportunidad para mostrarle mis escritos. Lo que me dijo me impresionó mucho. Leyó todo lo que le di y me alentó a seguir escribiendo. Me dio consejos muy valiosos. Me dijo que tenía una alternativa, que podía escribir para "ellos" o para cambiar algo; y que si quería que mis palabras sirvieran para algo en este mundo tendría que ser sincero. Sincero era la palabra clave. En muchos aspectos, ese fue mi primer paso al periodismo revolucionario.

Allen se hubiera atacado de la risa al leer algunos de los obituarios que le han escrito. Se hubiera reído y luego hubiera encontrado la forma de desafiar y escandalizar a quienes hoy lo quieren convertir en un santo estadounidense después de satanizarlo en vida. La idea de que los tiosos locutores que cada noche llevan a cabo el lavado de cerebro se pusieran a leer "Aullido", el poema que tocó el clarín para que una generación pateara todo lo que esa gente considera decente en política y cultura, lo hubiera matado de la risa. Cuando sacaron de sus oficinas a los pesados poetas y académicos oficiales para hablar sobre el lugar de Ginsberg en el panteón de los grandes poetas que lo influenciaron (William Blake, Walt Whitman, Ezra Pound y William Carlos Williams), querían hacernos olvidar que muchos de esos mismos poetas y académicos lo atacaron en vida, lo criticaron por no seguir las reglas y por escribir lo que para ellos era poesía inculta. Pero ahora que está muerto, que no les puede contestar, lo elogian.

Expresionismo alemán - Expresionismo abstracto - Arte. ¿Qué es el arte? - Pirámides de Egipto - Arte Románico - Analogía. Definiciones - Analogía del Ser - El arte Barroco - ¿Qué es el kitsch? - ¿Qué es el surrealismo? 1 - Maestros del Impresionismo I

Desafío absoluto

Allen se crió en Paterson, New Jersey; fue el segundo hijo de una padre socialista que enseñaba en la escuela pública y una madre comunista, nacida en Rusia, que escapó del terror cosaco en 1905. De niño, su mamá, a quien le hicieron una lobotomía en un manicomio, donde murió, lo llevaba a reuniones del Partido Comunista. Allen decía que el compromiso político de su madre lo estimuló a estudiar derecho en la Universidad Columbia. Ahí conoció y se hizo amigo de Jack Kerouac, William Burroughs y otros, y fue cuando decidió "dejar de hablar con un cráneo hueco" y dedicarse a la vocación de poeta. Allen fue expulsado de la universidad porque un administrador sospechó que tenía una relación homosexual con Jack Kerouac.

En una ocasión Allen intentó seguir una carrera "normal": consiguió un trabajo en una agencia de publicidad y emprendió una campaña para vender el dentífrico Ipana. Pero de inmediato abandonó ese mundo como alma que lleva el diablo.

La esencia de su vida era desafiar a la autoridad y hacer pedazos lo convencional. Le encantaba retar y burlarse del sistema. Una vez le pidieron describir sus creencias políticas y él contestó con dos palabras: desafío absoluto. En el otoño de 1955, cuando leyó "Aullido" por primera vez en el Six Gallery de San Francisco, electrizó a todos los presentes. A él le sorprendió mucho que ese poema, que no pensaba publicar, pasara a ser el toque de clarín que puso en marcha a la juventud rebelde de todo el país. Al gobierno le dio un patatús: le echó la policía encima a Ferlinghetti por publicarlo y venderlo, y lo llevó a juicio por obscenidad. Cuando ganó en el juicio, "Aullido", que celebraba la enajenación, la rebelión, la sexualidad y el amor, recorrió el país uniendo a los rebeldes.

Los poetas reconocidos también detestaban a "Aullido" y a Allen. Su poema, que rompió toda convención, y las ideas que propuso sobre la poesía, cambiaron la poesía para siempre. Allen descartó todas las reglas sobre metro y ritmo, y dijo con mucha alegría que el ingrediente más importante de la poesía era la sinceridad, que un fragmento de pensamiento podía ser una estrofa y que la experiencia de cualquiera podía ser un poema. Dijo que el ritmo y el metro podían ser la lengua de la calle o las notas de un saxofón; que la vida de cualquier ser humano podía ser la "materia" de la poesía. Allen ayudó a sacar a la poesía de las aulas académicas para que todo mundo disfrutara de ella, no solo leyéndola y escuchándola, sino escribiéndola. De repente, la poesía pasó a ser un medio por el cual las masas podían expresar sus ideas sobre la vida. Y la poesía llegó a ser una parte importante del movimiento.

Después de la publicación de "Aullido", Ginsberg se volvió más desafiante. No hubo movimiento importante de oposición del que no fuera parte. Combatió el racismo a muerte y trabajó con poetas negros (como Amiri Baraka y Bob Kaufmann) y músicos de jazz (como Charles Mingus, Elvin Jones, Don Cherry y Thelonius Monk) para unir a blancos y negros. Luchó por los derechos civiles y cuando empezó la guerra de Vietnam organizó protestas y un movimiento en contra. En 1968 fue arrestado en Chicago durante la convención del Partido Demócrata. El 1º de Mayo de 1970, le rociaron gas lacrimógeno en una protesta convocada en Yale por el Partido Pantera Negra. Su arte alcanzó proporciones legendarias por atacar el militarismo yanqui, el materialismo craso, la violación de países oprimidos, el racismo, la discriminación y las ideas convencionales de toda clase. Asumió el papel de dirigente de la rebelión juvenil de los años 60 y de su cultura, y desafió con gusto y audacia los valores tradicionales familiares y todo lo que era sagrado para el American way of life. Muchas importantes personalidades del mundo cultural de ese entonces, como Bob Dylan, Ken Kesey, Andy Warhol, John Lennon, Yoko Ono, Charles Mingus, Abbie Hoffman y muchos otros, trabajaron con él y fueron influenciados por su trabajo y activismo político.

Lucha contra el sistema

El reflujo de la década de los 60 no menguó a Allen. Empezó a recibir elogios y reconocimiento, pero eso no lo llevó a la "normalidad". Lo nombraron miembro de la Academia Americana de Poetas y del Instituto de Artes y Letras. En 1973 obtuvo el Premio Nacional del Libro por su libro *The Fall of America: Poems of These States, 1965 to 1971*, y fue finalista del premio Pulitzer en 1995 por su libro *Cosmopolitan Greetings: Poems 1986-1992*. Escribió poemas que desenmascararon y condenaron las atrocidades que cometía el imperialismo yanqui aquí y por todo el mundo: escribió sobre el sha de Irán y participó en protestas contra él; escribió sobre los crímenes de Estados Unidos en Centroamérica; condenó la energía nuclear; atacó a la guerra contra la droga por ser en realidad una guerra contra el pueblo con características fascistas; denunció el papel de la CIA en el narcotráfico, primero en el

sudeste asiático y después la conexión entre la contra y la coca. Lo hizo en poemas como "CIA Dope Calypso" (1972), "NSA Dope Calypso" (1990), y terminó la trilogía de los calipsos en 1991 con "Just Say Yes Calypso", una devastadora condena de la guerra del Golfo que termina así: "Cuando ondeen una cinta amarilla y una bandera aceitosa/ Di sí o te acusarán de maricón".

Por su activismo poético y político, el director del FBI, J. Edgar Hoover, lo consideró un enemigo de la seguridad interna. En 1965 dijo que Allen era un peligro para el presidente de la nación. Según él, Ginsberg era "potencialmente peligroso" y un "subversivo" que ha "demostrado inestabilidad emocional (por ejemplo residencia e historial de trabajo inestables) y comportamiento irracional y suicida". También lo acusó de haber manifestado "fuertes y violentos sentimientos contra Estados Unidos", y de "una inclinación violenta y antipatía hacia el orden social y el gobierno". No importaba que Allen era budista y que el pacifismo era un importante aspecto de su vida. Muchas veces le tendieron trampas para arrestarlo por cosas de droga. Allen les contaba a sus amigos que en la casa tenía una pila de un metro de documentos del FBI sobre él. Hasta los primeros años de la administración Reagan, Allen estaba entre las personas que la Agencia Estadounidense de Información consideraba "inadecuadas" para desempeñar funciones como voceros del gobierno en el extranjero. Es un mérito de Allen que siempre que contaba de la persecución de la que era víctima, decía que la persecución de artistas y activistas negros era peor.

Es difícil seleccionar una obra de Allen que ponga al desnudo la esencia de su labor poética. Hay mucho de qué escoger. Fue un artista prolífico; publicó por lo menos 16 colecciones de poesía y una cantidad similar de prosa, dos libros de fotografía y por lo menos media docena de grabaciones con diversos músicos. Desde 1977, Allen trabajó con Bob Dylan y el Rolling Thunder Revue, el Clash en el álbum Combat Rock, Patti Smith, Sonic Youth, Kronos Quartet, Philip Glass, Beck y U2, entre otros.

Luego de oír la noticia de su muerte me puse a leer sus poemas por un par de horas. La lectura me hizo recordar muchas cosas y suscitó nuevos pensamientos e ideas. También me hizo recordar que a pesar de lo mucho que me gustaba su poesía, contenía cosas que como comunista revolucionario me inquietaban. Incluso en sus mejores obras, obras que criticaban acerbamente al imperialismo estadounidense, Allen daba latigazos anticomunistas, a veces contra líderes revolucionarios como Stalin y Mao. Y en los últimos años dijo en varias entrevistas que empezaba a creer que las protestas y manifestaciones en las que participó fueron en vano porque el pueblo seguía sufriendo, aunque de otra forma. Es cierto que el pueblo de Vietnam y de Irán todavía no han logrado su liberación, pero eso no quiere decir que las luchas contra el imperialismo estadounidense fueron en vano. Cuando leía esas cosas, me daban ganas de preguntarle qué hubiera sido de los pueblos vietnamita e iraní, o del de este país, si no hubieran luchado contra sus opresores.

Allen tenía mil contradicciones. Al mismo tiempo que pregonaba anticomunismo o ponía en tela de juicio la eficacia de las luchas del pasado, seguía sirviendo al pueblo con su voz y el poder de sus palabras. Odiaba al imperialismo yanqui y todo el sufrimiento que causa por todo el mundo. El problema es que no comprendió a fondo la naturaleza del imperialismo y por tanto no veía cómo eliminarlo ni cómo liberar al pueblo. Para él, el camino era asegurar que todo individuo tuviera libertad absoluta para expresarse de cualquier manera que fuera en todo, de la sexualidad o la política. Hasta cierto punto, yo estaba de acuerdo con Allen porque se oponía a la censura, a "la policía del dormitorio", la quema de libros y la supresión del pueblo por sus creencias y manera de expresarse. Pero para mí, esa meta de libertad individual no es suficientemente radical y no puede ser la base para forjar una nueva sociedad libre de opresión. Muchas veces me he preguntado qué hubiera dicho Allen si en realidad hubiera comprendido lo que ocurría durante la Revolución Cultural en China, donde se

movilizó a los artistas, poetas y escritores para crear arte, no solo ni simplemente para ellos mismos, sino para contribuir a la edificación de una sociedad socialista.

Aullido para una nueva generación

A fines de la década pasada, Allen enseñó en la Universidad Columbia y a principios de esta en el Brooklyn College. Indudablemente, el sistema esperaba que en el invierno de su vida se calmara y se tranquilizara. Sin embargo, siguió arremetiendo contra el sistema y todo lo que representa. Sus últimas obras atacaron la política de crueldad, la guerra contra los pobres y las mentiras e hipocresía de la clase dominante. Trabajó con Ed Sanders para agregarle nuevos versos al himno tradicional religioso "Amazing Grace" sobre la situación de los sin techo. Allen sabía a ciencia cierta que los mandamases de este país son "gente que se dice cristiana pero que odia a los pobres" y que demuestran una "inteligencia satánica" para atacar a los pobres. A principios de 1995, Allen escribió una potente respuesta a Newt Gingrich y el Contrato con América de los republicanos. El poema, titulado "Balada de esqueletos", contiene las siguientes estrofas: "Dijo el esqueleto militar/Compra bombas estrellas/Dijo el esqueleto de clase alta/Mata de hambre a madres solteras/Dijo el esqueleto subdesarrollado/Envíame arroz/Dijo el esqueleto de las naciones desarrolladas/Vende tus huesos para hacer dados". Luego grabó la "Balada de los esqueletos" con Philip Glass y Paul McCartney, y recorrió el mundo. El director de cine Gus Van Sant hizo una poderosa grabación de la obra que estuvo entre los videos favoritos de MTV y que después se presentó en el Festival de Cine Sundance.

Allen nunca dejó de hacer llegar sus rayos de luz a nuevas generaciones de rebeldes. En una entrevista reciente le preguntaron qué haría si hoy, en esta época oscurantista, tuviera 20 años. Allen respondió, sin vacilar, que le encantaría escribir un "Aullido II" sobre el presente. Dijo que ojalá algo bueno resultara de la situación actual en el sentido de refrenar "el poder de Estados Unidos para joder al mundo". También dijo que habría que salvar el "alma de la nación", y que para eso sería necesario incluir en el poema una lista de los pecados cometidos por Estados Unidos aquí y por todo el mundo, como derrocamientos de gobiernos, invasiones, guerras, la masacre de indígenas, la esclavitud y continua opresión de los negros. Y concluyó: "El gobierno es manipulador y lleno de hipócritas que huyen de los verdaderos problemas de la ecología, la sobrepoblación, el sufrimiento de las clases bajas, la bancarrota del sistema médico, la gente sin techo, la desnutrición, la división entre las razas y la cuestión de la droga. Con toda la demagogia (de Bill Clinton y especialmente de Janet Reno) y confusión, la poesía se destaca como el único faro de la razón: un faro de claridad individual y lucidez en toda dirección, ya sea en la Internet, cafés, simposios o aulas universitarias. La poesía, y su vieja compañera la música, es un medio de comunicación que no controla el establishment".

Los que estuvieron al lado de Allen antes de morir, dicen que escribió poemas febrilmente hasta el derrame cerebral que lo llevó al coma. Quién sabe, tal vez las viejas o nuevas palabras de Allen se enrosquen algún día, ojalá pronto, en un cerebro joven y quizás nazca un "Aullido II" o algo mejor. Mientras tanto, es hora de despedirme de Allen. Parte sabiendo que el pueblo te quiso y que sin duda te extrañará. De parte mía, gracias por los consejos, la inspiración, la celebración y por toda esa cheverísima poesía que serpentea por mi cerebro y me fortalece.

Medio siglo de "Aullido y otros poemas" de Allen Ginsberg

Jesús Aller
Rebelión

Nacido en Nueva Jersey en una familia de intelectuales izquierdistas de origen judío, Allen Ginsberg (1926-1997) ha pasado a la historia sobre todo como el poeta que fue capaz de expresar en sus versos la silenciosa destrucción a que era sometida su generación en la América de la Guerra Fría y la caza de brujas. Acostumbrados a percibir solo la normalidad que los medios y los productos culturales del poder crean para nosotros, nuestra angustia se convierte al final en un problema individual, y es necesaria una poderosa conmoción para que veamos. La obra de arte es a veces el instrumento para esta visión, y en el caso que nos ocupa un brillante poemario promovió una amplia toma de conciencia ante la mentira y el horror de aquellos años sombríos.

Tras estudiar en la universidad de Columbia y ser expulsado de ella, entre otras cosas por escribir obscenidades en la ventana de su dormitorio, Ginsberg peregrinó por los ambientes literarios innovadores de Nueva York y California, donde se estaba forjando la que sería conocida después como generación *beat*. En *Aullido y otros poemas*, su primer libro, publicado ya con treinta años de edad, se encuentra una crónica puntual de estos hombres, con un viaje a las historias y los lugares, y también una aguda visión, en tono profético, del sinsentido de aquella sociedad.

La reflexión sobre las experiencias de su generación se encuentra sobre todo en la primera parte de "Aullido", que comienza con la famosa frase "He visto los mejores cerebros de mi generación destruidos por la locura..." Después, una enumeración interminable nos hace conocer a aquellos jóvenes rebeldes contra su tiempo. La segunda parte, la más breve, es sin embargo esencial en el poema, pues presenta una sombría visión de la deshumanizada civilización del capitalismo industrial, personalizada en Moloch, "cuya sangre es el fluir del dinero". La tercera parte es un monólogo dirigido a Carl Solomon, amigo de Ginsberg, y un regreso a la anécdota biográfica.

Los restantes poemas del libro visitan lugares comunes, un supermercado, una consigna de la Greyhound, la vivienda del propio Ginsberg o un muelle donde crece un marchito girasol, y en todos se despliega la poderosa máquina poética para que aliente la vida que yace allí enterrada. A mi juicio, estos fragmentos son las piezas más perfectas del libro.

Ajustados y precisos, elevan la intensidad lírica con una gran economía de medios, y están desprovistos de la palabrería en que a ratos se pierde "Aullido". Mención aparte merece el fragmento titulado "América", que es un peculiar ajuste de cuentas con los dogmas del pensamiento conservador de la época y una defensa en clave de humor de sus propias posturas.

Todos estos textos están estructurados en largos versos, que parecen destinados a ser recitados en una espiración completa, y ejercen una fascinación hipnótica con sus enumeraciones, su prosa espontánea, su ritmo enloquecido y un frecuente juego con la oposición de conceptos. Son poemas para ser memorizados o gritados, o convertidos en mantras liberadores. Y hay que recordar aquí que, aparte de las estrictamente literarias, una de las influencias que más agudamente se manifiestan en el libro es la del budismo, por el que Ginsberg se sintió atraído toda su vida.

Acusado judicialmente de obscenidad, absuelto después, discutido y aclamado en poco tiempo, "Aullido" se ha convertido en uno de esos pocos poemas que son conocidos por casi todo el mundo, un poema por ejemplo que puede ser parodiado, para general regocijo, en la serie de los Simpsons. De todas formas, sería interesante reflexionar sobre si este éxito no significa en realidad un fracaso del poemario. Que un libro decidida y manifiestamente crítico con un sistema acabe siendo celebrado por este parece querer decir que su ataque no era lo bastante contundente. Hay que pensar que quizás la ideología difusa y el énfasis en unas gentes bastante

especiales resultaron al final fácilmente asimilables por un poder que parece tener una rara habilidad para adornarse con todo tipo de plumas exóticas.

En la lectura sosegada que permite medio siglo de distancia, tal vez lo que más llame la atención hoy en *Aullido y otros poemas* sea su intrincada estructura y la profunda catarsis que consigue provocar en el lector. Sus palabras poderosas dibujan un mundo no muy diferente del nuestro y siguen transmitiendo un conmovedor alegato sobre la dignidad del ser humano.